

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

RAHAB

por Antoni Mendoza i Miralles

22

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

correo-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

«Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los incrédulos, habiendo recibido a los espías en paz».

(Hebreos 11:31)

Rahab es la tercera mujer que se nos presenta como ejemplo de lo que es posible llevar a cabo por la fe. La primera fue Sara, la esposa de Abraham; la segunda fue Jocabed, la madre de Moisés, que consideramos juntamente con su esposo; y la tercera es Rahab.

Es una mención sorprendente, pues es uno de aquellos personajes bíblicos que no habríamos escogido para presentarlo como ejemplo de la vida de fe. Un hecho que prueba, una vez más, que la Biblia es la Palabra de Dios. Hay acontecimientos que se destacan en las Escrituras que nosotros jamás hubiéramos destacado, y personajes que nos son presentados como ejemplos, que nunca los escogeríamos... pero Dios sí.

Rahab, la ramera

De las tres veces que encontramos su nombre en el Nuevo testamento (Mt 1:5; He 11:30; Stg 2:25), dos incorporan el calificativo «la ramera». Y de las cinco veces que lo encontramos en el Antiguo Testamento (Jos 2:1,3; 6:17,23,25), tres indican lo mismo (Jos 2:1; 6:17,25). Algo inspirado y desconcertante. ¿Quién era Rahab? Los capítulos dos y seis de Josué nos hablan de ella, y nos dicen que quedó vinculada al pueblo de Israel.

Rahab era una mujer que vivía en la ciudad de Jericó, de dónde parece ser natural. Como tal era gentil, y como gentil se encontraba sin Mesías, ajena a la ciudadanía de Israel y extrajera a los pactos de la promesa, sin esperanza ni Dios en el mundo, como dice Pablo (Ef 2:11). No sabemos como acabó dedicada a la prostitución, pero el hecho es que cuando los espías llegaron a su casa se había convertido en su «*modus vivendi*». La Escritura no esconde su vida de pecado, y por ello se encontraba bajo el juicio de Dios; aunque también se encontraban bajo él el resto de los

habitantes de Jericó, que habían de ser destruídos. La verdad es que era una persona muy conocida en la ciudad, incluso en la misma casa real.

Los espías, cuando llegaron a Jericó, fueron a su casa buscando un lugar donde quedar y pasar desapercibidos. Cuando los descubrieron, aquella mujer decidió esconderlos y proteger sus vidas, arriesgando la suya, mintiendo a los soldados que vinieron en nombre del rey.

Los motivos iniciales de su actuación

¿Por qué Rahab actuó de ese manera hacia los espías israelitas? Aquellos hombres eran extranjeros, no los conocía de nada, y habían venido a la ciudad buscando información para conquistarla y matar a sus habitantes. Su actuación no parece lógica. Ella misma describe las razones que la llevaron a actuar así con los espías.

Ha oídos de Rahab había llegado, como a todo Jericó, informaciones sobre aquellos israelitas, y sobre su Dios. Entre los informes que habían llegado encontramos hechos que habían sucedido 40 años atrás: “Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del mar Bermejo delante de vosotros, cuando salísteis de Egipto”; y otros que se habían producido hacía bien poco: “Lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban de la parte allá del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruido”. Todo aquello, lo que Jehová había hecho en el Mar Bermejo, y lo que los israelitas habían hecho a los pueblos de alrededor, había asustado a su gente y a ella: “Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más espíritu en alguno por causa de vosotros”.

Pero ella había estado reflexionando sobre aquellas informaciones, y había llegado a conclusiones a las que ninguno de sus conciudadanos había llegado. Sobre Jehová, concluyó que “Jehová

vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra”. Y sobre el pueblo de Israel y su ciudad: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra”. Ante eso no servía de nada cerrar y atrancar las puertas de la ciudad, ni sus ejércitos, y menos su falsos dioses. Lo sabía, no tenían ninguna duda, y así se lo dijo a aquellos dos israelitas que había decidido esconder en su casa.

Ella, entonces, les pide que tengan misericordia de ella y de los suyos. La pide invocando a Jehová en un juramento. Pide misericordia para ella y los suyos. Ella había actuado con misericordia hacia ellos, y pide ser tratada de la misma manera. No lo pide como una condición para ayudarles, lo pide una vez los ha librado de los soldados, y los ha hecho ir por otro camino. Tampoco lo pide como en pago de la ayuda prestada, lo pide y espera por gracia; y es por gracia que recibe la promesa que preservarán su vida y la de los suyos, así como de todo lo que tienen; también le dan una señal, que ha de atar a la ventana que da a la muralla para no perecer.

La fe de Rahab

Pablo, en Hebreos, nos habla de Rahab y la presenta como un ejemplo de fe en Dios y en su Palabra, en la misma línea que los grandes hombres y mujeres que ha mencionado hasta aquel momento, y de los que mencionará a continuación. Estas palabras revelan que no actuó únicamente movida por su inteligencia, aunque tomó una actuación inteligente, ni por una cierta convicción que el Dios de Israel era más grande que los dioses de su tierra. En ella se produjo el milagro de la conversión de las tinieblas a Dios. Los que murieron en Jericó eran, en palabras de Pablo, «incrédulos», y eso indica que ella no murió porque había creído sinceramente en el Dios de los cielos y la tierra, en Jehová.

Únicamente la gracia de Dios puede hacer de un pecador un creyente, y de una ramera un ejemplo de fe. Lo que había sido no

se podía borrar, así como Pablo no podía borrar que antes de su conversión había perseguido a la Iglesia de Dios. El hecho que la Escritura identifique a Rahab como «la ramera» no se debe a que no se benefició del perdón de Dios por su antigua vida de pecado, sino que es un testimonio de la gracia y del poder redentor de Dios, y una muestra de que Dios no hace acepción de personas en su acción salvadora. Es como si Dios dijese: «Mirad, antes era ramera, y ahora ha llegado a ser una creyente ejemplar». Dios no incorpora el determinante «la ramera» para menospreciar a Rahab, sino para honrarla.

La comprensión que tenía Rahab de las cosas de Dios, cuando creyó para salvación, era mínima. Nos damos cuenta de ello al leer la respuesta que dio a los soldados del rey, cuando le preguntaron por los espías: «Verdad que hombres vinieron a mí, mas no supe de dónde eran: y al cerrarse la puerta, siendo ya oscuro, esos hombres se salieron, y no sé a dónde se han ido: seguidlos apriesa, que los alcanzaréis». Le faltaba entender que ésta manera de actuar iba en contra de la Ley de Dios, que dice: «...no engañaréis, ni mentiréis ninguno a su prójimo» (Lv 19:11). Es la manera de actuar de una persona que se acaba de convertir, y que aún no tiene claras muchas cosas sobre la manera en que se ha de conducir.

Ella creyó, sin duda, que Jericó caería en manos de los israelitas. Ella creyó que los israelitas harían con ella y su familia misericordia, como ella la había hecho con los espías. Ella creyó que los espías mantendrían su juramento. Y, sobre todo, creía y confiaba que Jehová, el Dios de los cielos y la tierra, rescataría su vida de la muerte, como había rescatado su alma de la condenación eterna. Por eso la Escritura nos describe su fe en el capítulo segundo de Josué, y como esa fe no quedó defraudada en el capítulo seis.

El ejemplo de fe de Rahab es el de una persona que se acaba de

convertir al Señor. Hasta ahora los ejemplos de fe que se nos han dado eran de creyentes maduros, pero una persona que se acaba de convertir también puede actuar por la fe en el Señor y su Palabra, en aquello que ha entendido. Faltaba este ejemplo, y Dios, en su sabiduría y presciencia, nos lo da en Rahab.

Su incorporación al pueblo de Israel

Después que Josué tomó Jericó, y que Rahab y su familia y sus posesiones se sacaron de la ciudad que había de ser destruida, estuvieron fuera del campamento (Jos 6:23). Pero esa situación no duró mucho, pues a continuación se nos dice que habitaron “entre”, formando parte de los hijos de Israel, y que eso seguía así cuando se escribió el libro de Josué (Jos 6:25).

La fe la liberó del castigo eterno, la liberó de una muerte segura en Jericó, e hizo que finalmente viniera a formar parte del pueblo de Dios. Es más, aquella mujer que había sido incrédula y ramera, la encontramos formando parte de la genealogía de María, la madre de la humanidad de Jesús. Después de venir a formar parte del pueblo de Dios por la adopción de la gracia, se casó con un hijo de Naasón, llamado Salmón, del cual engendró a Booz, quien se casó con otra gentil que vino a formar parte del pueblo de Israel como ella, Rut (Mt 1:4-5).

Es así que encontramos su nombre dos veces en el Nuevo Testamento en un lugar destacado, y presentada como ejemplo para los creyentes de la dispensación de la Gracia. La encontramos en la epístola a los Hebreos, donde es citada como ejemplo de la fe en acción. También Santiago nos habla de ella en su epístola, y nos la pone como ejemplo al lado de Abraham (Stg 2:25). Santiago afirma que fue justificada, como lo fue Abraham. También dice que su fe en Dios y su Palabra se evidenció por sus obras, al recibir a los espías y hacerlos salir por un camino diferente del que habían tomado los soldados de Jericó.

Lo cual nos recuerda que no podemos menospreciar a ningún creyente por su pasado; pues por muy terrible que fuese, el Señor lo perdona y la sangre de Cristo borra su pecado. La mención de sus hechos pasados únicamente se puede hacer para mostrar la grandeza de la gracia de Dios, y para contrastar lo que era con lo que ahora es en Cristo.

Esto también nos recuerda que Dios no hace acepción de personas; no la hace entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre sabios y gente sencilla, ni entre los que han sido grandes pecadores y los que han sido personas “correctas”.

Una nota final, la fe de Rahab no solamente la salvó de la muerte, sino que también salvó a su familia. Nuestra fe ha de actuar siempre en beneficio de los demás, además de en nuestro propio beneficio.

Edicions Cristianes Bíbliques